El periodo más oscuro de la historia de la humanidad fue la edad media. En esta época, la ciencia se despreciaba y las creencias sobrenaturales daban explicaciones a todos los fenómenos, se vivía entre la suciedad y la desidia.

Había en este tiempo una disposición política que, sobre una base obrera y esclavizada, se erguía. Primero una serie de feudos, dueños no solo de los territorios, sino también encargados de la recaudación de los impuestos para una clase de nobles y sobre ellos el monarca.

Las diferencias entre cómo vivían los de abajo y como los cortesanos era escandalosa. Muchas veces el que fuese el rey de turno, solo se acercaba a estos territorios para hacer una presencia displicente, fuera para convocar a las guerras que los favorecían, fuera para tomar de ellos lo que necesitaban.

Tenían sin embargo, en estos distantes parajes sus castillos dispuestos para vacacionar, adecuados a sus necesidades, estos lugares si disponían de las comodidades que estaban disponibles para la época, aunque en las afueras, los pueblerinos siguieran muriendo por la peste y los otros males que no debían tocar a los nobles.

Para darle fin a esta época oscura, la humanidad recurrió a lo que llamo El Renacimiento: una vuelta a la ciencia, a la filosofía clásica y sobre todo a las artes.

La puesta en marcha de las universidades como motor de cambio, la explosión de la literatura mediada por la imprenta, la popularización del conocimiento y la procura de condiciones sanitarias para los que se habían salvado de la pandemia, sumaron sus fuerzas a una visión que progresivamente se hacía más comunitaria y que desembocó al cabo de un tiempo en la declaración de los derechos humanos.

No se puede negar el símil que evoca hoy el archipiélago y en consecuencia no deberían haber otras estrategias que las ya probadas por la historia para salir de la oscuridad: educación, salud y políticas comunitarias eficientes.

Podemos también –no es dificil imaginarlo– seguir en el abrumador medioevo, implementando la fuerza represora de cortesanos, el desprecio por quienes menos tienen y la omisión dolosa de sus necesidades básicas.